

## CAPÍTULO IV

### La reacción contra el materialismo en Alemania.

La filosofía de Leibnitz trata de vencer al materialismo.—Influencia popular y verdadero sentido de las doctrinas filosóficas; la teoría de la inmortalidad del alma.—El optimismo y sus relaciones con la mecánica.—La teoría de las ideas innatas.—La filosofía de Wolff y la teoría de la unidad del alma.—La psicología animal.—Escritos contra el materialismo.—Insuficiencia de la filosofía universitaria contra el materialismo.—El materialismo rechazado por la tendencia ideal del siglo XVIII.—Reformas de las escuelas después de comenzado el siglo.—La investigación del ideal.—Influjo del espinosismo.—Goethe, su espinosismo y su opinión acerca del *Sistema de la naturaleza*.—Eliminación de toda filosofía.

Ya hemos visto que el materialismo arraigó temprano en Alemania, pero también es en este país donde se produce una violenta reacción contra dicho sistema, y este movimiento, que se prolongó durante un gran espacio del siglo XVIII, merece estudiarse. Desde el comienzo de este siglo se extendió la filosofía de Leibnitz, cuyos rasgos principales atestiguan un grandioso esfuerzo para escapar directamente del materialismo; nadie desconocerá el parentesco de las mónadas con los átomos de los físicos (41); la expresión *principiarerum* ó *elementa rerum* que Lucrecio emplea en lugar de la de átomos, pudiera muy bien servir para designar como idea genérica á la vez las mónadas y los átomos; las mónadas de Leibnitz son de seguro los seres primitivos, los verdaderos elementos de las cosas en su mundo metafísico, y después de mucho tiempo se ha reconocido que el dios que ha admitido en su sistema como la «causa suficiente de las mónadas», desempe-

ña un papel por lo menos tan superfluo como el de los dioses de Epicuro, que, semejantes á las sombras, circulan en los intervalos de los mundos (42).

Leibnitz, que era un diplomático y un genio universal, pero que según la juiciosa crítica de Lichtenberg (43) tenía «poca solidez», sabía con la misma facilidad sumergirse en los abismos de la especulación y evitar, en las aguas poco profundas de la discusión cotidiana, los escollos con que la vida práctica amenaza al pensador perseverante. Sería inútil explicar las contradicciones de su sistema únicamente por la forma descosida de sus escritos de ocasión, como si este genio hubiese poseído una concepción del mundo perfectamente clara y como si no nos hubiese ocultado más que por casualidad una transición ó explicación cualquiera que nos dieran de pronto la llave de los enigmas contenidos en sus obras; esas contradicciones existen y pudieran también ser los indicios de un carácter débil, pero no debemos olvidar que sólo hacemos resaltar aquí las sombras del retrato de un hombre verdaderamente grande (44). Leibnitz, que presentó á Toland á su real amiga Sofia Carlota, debía saber él mismo que los débiles y equívocos argumentos de su teodicea eran contra el materialismo un dique impotente, por no decir nulo, ante los ojos de un pensador serio; á Serena la tranquilizaría tan poco esta obra como debieron inquietarla el *Diccionario* de Bayle y las *Cartas* de Toland; en cuanto á nosotros, sólo concedemos interés á la teoría de las mónadas y á la de la armonía preestablecida; estas dos ideas tienen más valor filosófico que muchos sistemas extensamente desarrollados; bastaría exponerlos para comprender su importancia.

Hemos visto en muchas ocasiones cuán difícil y aun imposible es para el materialismo, cuando admite los átomos, dar cuenta del lugar donde se opera la sensación y en general todos los hechos de conciencia. ¿Es en la unión de los átomos?... entonces es una abstracción, es decir,

no se verifica en parte alguna. ¿Es en el movimiento?... pues viene á ser lo mismo. No se puede admitir más que el átomo, en movimiento él mismo, como lugar de la sensación; y entonces, ¿cómo las sensaciones se juntan para formar la conciencia? ¿dónde se encuentra esta última? ¿en un átomo aislado, lo que sería otra abstracción, ó en el vacío, que entonces no sería vacío, sino que estaría ocupado por una substancia inmaterial y particularísima? Por la acción de unos átomos sobre otros; el choque es la sola explicación plausible; así una cantidad innumerable de choques, sucediéndose ya de una manera ya de otra, produciría la sensación en el átomo sacudido; esto parece, sobre poco más ó menos, tan concebible como la producción del sonido por la vibración de una cuerda ó de una parte del aire; pero, ¿dónde está el sonido? Por último, en tanto que podemos conocer en el átomo central, imaginado por hipótesis, nuestra comparación no nos es de utilidad alguna. No estamos, pues, más adelantados que antes; nos falta en el átomo el principio comprensivo que transforma una multitud de choques en la unidad cualitativa de la sensación; nos encontramos siempre enfrente de la misma dificultad. Que se imagine á los átomos como se quiera, con partículas fijas ó móviles, con sub-átomos susceptibles ó no de «estados internos», á la pregunta de cómo y dónde los choques pasan de su multiplicidad á la unidad de la sensación, no sólo no hay respuesta sino que, profundizando la cuestión, no puede representarse ni aun comprenderse semejante fenómeno; únicamente cuando nos alejamos, por decirlo así, es cuando á nuestra mirada intelectual la parece natural que semejante concurso de choques produzcan la sensación, de la misma manera que muchos puntos parecen reunirse en uno solo á nuestra mirada física cuando nos alejamos de ellos. Las cosas, ¿serán comprensibles restringiendo sistemáticamente el empleo de nuestra inteligencia, como dicen los filósofos escoceses en su teoría del «sentido común»? No

hubiera sido éste un papel digno de Leibnitz; veámosle enfrente de la dificultad: choque como pretendía ya Epicuro, ó acción á distancia como pretendieron los sucesores de Newton, ó ninguna acción en absoluto.

He aquí el salto peligroso para llegar á la armonía preestablecida; no preguntaremos si Leibnitz ha llegado á su teoría por semejantes reflexiones ó por una súbita inspiración, ó no importa cómo, pero aquí se encuentra el punto que avalora principalmente esta teoría y que la hace también tan importante para la historia del materialismo; no se puede imaginar, y por lo tanto no se puede admitir, que la acción de unos átomos sobre otros tenga por resultado producir sensaciones en uno ó en muchos de ellos; el átomo saca sus sensaciones de él mismo, es una mónada desarrollándose según sus propias leyes vitales internas; la mónada no tiene ventanas; nada sale ni entra en ella; el mundo exterior es su representación, y esta representación nace en la mónada misma; por lo tanto cada mónada es un mundo en sí, ninguna se asemeja á otra; una es rica en representaciones, pobre otra; pero el conjunto de las ideas de todas las mónadas forma un sistema eterno, una armonía perfecta establecida antes del comienzo de los tiempos (preestablecida) y siendo inmutable á pesar de las vicisitudes continuas de todas las mónadas; cada mónada se representa, obscura ó claramente, el universo entero, y la suma de todo lo que se verifica y el conjunto de todas las mónadas constituyen el universo. Las mónadas de naturaleza inorgánica no tienen más que ideas que se neutralizan como en el hombre cuando duerme sin soñar; las del mundo orgánico están colocadas en un grado superior, el mundo animal inferior se compone de mónadas que sueñan, el mundo animal superior tiene sensaciones y memoria, y el hombre tiene el pensamiento.

He aquí cómo de un punto de partida racional, gracias á una invención del genio, se halla uno transportado

al mundo poético de las ideas. ¿Cómo sabía Leibnitz que la mónada produce en sí misma todas las ideas y que fuera de su yo existen también otras mónadas? Aquí se presenta á Leibnitz la misma dificultad que se presentó á Berkeley, quien, al traves del sensualismo, llegó al mismo punto á que hemos llegado por el atomismo. Berkeley también tomaba el mundo entero por una representación, y Holbach no supo refutar este punto de vista. Ya el cartesianismo ha conducido á muchos de sus partidarios á dudar de que exista realmente en el vasto universo otra cosa que su propio sér, produciendo por sí mismo como otras tantas ideas individuales la acción y el sufrimiento, el placer y el dolor, la fuerza y la debilidad; muchas gentes creyeron que semejante concepción del mundo se refuta con una ducha ó aspersión y con una dieta conveniente, pero nada impedirá al pensador, una vez llegado este caso, imaginarse que la aspersion, la medicina, su propio cuerpo y, en resumen, todo el universo, sólo existen en su propia idea, fuera de la cual no hay nada; aunque si desde este punto de vista se admiten otros seres (lo que se puede conceder á todo tirar como concebible), estamos muy lejos todavía de poder deducir la necesidad de la armonía preestablecida, pues los mundos imaginarios de esos seres pudieran contradecirse de la manera más irritante sin que nadie lo advirtiera; pero no deja de ser, ciertamente, un pensamiento grande, noble y hermoso, éste del cual Leibnitz constituyó la base de su filosofía; la estética y la práctica, ¿tuvieron por casualidad, aun en la filosofía cuyo objeto es conocer, una influencia más decisiva de lo que generalmente se admite?

Las mónadas y la armonía preestablecida nos revelan la esencia verdadera de las cosas tan escasamente como lo hacen los átomos ó las leyes de la naturaleza, pero, como el materialismo, dan una concepción clara y sistemática del mundo sin más contradicciones internas que

el sistema materialista; se acogió favorablemente el sistema de Leibnitz ante todo por la flexibilidad de sus principios, que se prestaban á las más diversas interpretaciones, sin contar con que las consecuencias radicales quedaban mucho más ocultas que las del materialismo; en este concepto, nada vale tanto como una abstracción bien hecha; el pedante que se indigna ante la sola idea de que los antepasados del género humano pudieran muy bien parecerse á nuestros monos actuales, se traga sin vacilar la teoría de los mónadas que declara el alma humana esencialmente semejante á la de todos los otros seres del universo, comprendiendo entre ellos á la más vil molécula de polvo; todos estos seres reflejan el universo, constituyen por sí mismos pequeños dioses y llevan en sí las mismas ideas, únicamente coordinadas y desenvueltas de diferente modo; no se advierte inmediatamente que las mónadas de los monos forman parte de la serie, que ellos también son inmortales como las mónadas del hombre, y que, gracias á un desarrollo ulterior, podrán llegar á poseer una magnífica colección de ideas; pero cuando el materialista coloca con mano torpe al mono junto al hombre, le compara á un sordomudo y pretende elevarle como á cualquier cristiano, se oye entonces á la bestia rechinar los dientes, se la ve hacer espantosas muecas y gestos lascivos, se siente con extremo disgusto la bajeza y fealdad repulsivas de este sér, tanto en lo físico como en lo moral, y afluyen en seguida los argumentos más concluyentes, pero también los menos sólidos, para demostrar clara y palpablemente cuán absurda, inconveniente y repugnante es á la razón semejante teoría.

La abstracción obra en este caso como en todos los demás; el teólogo, cuando se presenta la ocasión, puede muy bien utilizar la idea de una armonía eterna, grandiosa y divina en todo cuanto sucede; saca hábilmente partido de la idea de que las leyes de la naturaleza no son más que pura apariencia, un método modesto de conocer

para uso de la inteligencia empírica, mientras que se desembaraza fácilmente de las consecuencias de esta concepción del mundo cuando se vuelve contra las doctrinas que él enseña. En efecto, estas consecuencias no están contenidas más que en germen en el principio leibniziano, y, al hombre que se alimenta cotidianamente de contradicciones de todo género, sólo le perturban las contradicciones sensibles y palpables; así, la demostración de la inmaterialidad y de la simplicidad del alma fué un maravilloso hallazgo para los sepultureros filosóficos cuya vocación es dar una idea original é inofensiva oculta bajo los cascotes y escombros de las ideas de la vida cotidiana; no se preocuparon en modo alguno de lo que esta inmaterialidad eliminaba atrevidamente para siempre y con más claridad que el materialismo hubiese podido hacerlo: la antigua oposición entre el espíritu y la materia; ¡se tenía una demostración de la inmaterialidad, de esta idea magnífica y sublime, de la mano misma del gran Leibnitz!... ¡Qué miradas de desprecio se podían lanzar desde esta altura sobre los delirios de aquellos que declaraban material el alma y que ensuciaban su conciencia con un pensamiento tan degradante!

Lo mismo pasa con el optimismo tan alabado como combatido de Leibnitz; examinado á la luz de la razón y juzgado según su hipótesis y sus consecuencias verdaderas, este optimismo no es más que la aplicación de un principio de mecánica á la explicación de la realidad material; en la elección del mejor de los mundos posibles, Dios no hace nada que no pueda también efectuarse mecánicamente si se dejan á las «esencias» de las cosas obrar unas sobre otras como otras tantas fuerzas; en esto Dios procede como un matemático que resuelve un problema *minimum* (45); y es preciso que proceda así, porque su inteligencia perfecta está unida al principio de la razón suficiente; lo que el «principio de la más pequeña coacción» es para un sistema de cuerpos en movi-

miento, el principio del más pequeño mal es para la creación del mundo por Dios; en consecuencia, todo ello equivale á la cosmogonía de Laplace y de Darwin fundada sobre hipótesis mecánicas; en vano es el mundo radicalmente malo, que no por eso dejará de ser el mejor de los mundos posibles; esto no impide al optimismo popular elogiar la sabiduría y bondad del Creador, como si en absoluto no existiese en el mundo otro mal que el que nosotros introducimos en él con nuestra perversidad y locura; en el sistema, Dios es impotente, y en la interpretación popular de las ideas adquiridas, su omnipotencia resplandece con la luz más deslumbrante.

Otro tanto puede decirse de la teoría de las ideas innatas; Locke la derribó, Leibnitz la restablece y los materialistas, con la Mettrie á la cabeza, la condenan por eso. ¿Quién tiene razón? Leibnitz enseña que todos los pensamientos nacen del espíritu mismo y que ninguna impresión externa obra sobre él; casi no es posible hacer á esto una objeción seria; pero también se ve desde el primer momento que las ideas innatas de los escolásticos son de otra naturaleza que las de los cartesianos; en estos últimos se trata de escoger entre todas las ideas algunas nociones generales á las que se tiene costumbre de asociar la del sér perfecto; dan estas nociones como un certificado de origen que las coloca sobre todas las demás y las asegura así una autoridad superior; pero como en Leibnitz todas las ideas son innatas, toda distinción se desvanece entre las nociones empíricas y las que pretenden ser primordiales; para Locke el espíritu comienza por estar completamente vacío, y, según Leibnitz, contiene el universo; Locke hace provenir del exterior todos los conocimientos, y para Leibnitz de lo exterior no proviene nada; el resultado de estas teorías extremas es sobre poco más ó menos el mismo; admitamos hipotéticamente con Leibnitz que lo que llamamos la experiencia exterior sea en realidad un desarrollo interno; Leibnitz, á su vez, ten-

drá que admitir que los conocimientos externos vienen de la experiencia, que no hay específicamente otros; en este caso Leibnitz, en el fondo, no habrá salvado más que en apariencia las ideas innatas; será preciso, pues, reducir su sistema entero á una sola grande idea, á una idea que no se puede probar, pero que desde el punto de vista materialista no es posible rechazarla, y que tiene por punto de partida la evidente insuficiencia del materialismo.

En Leibnitz la profundidad alemana reacciona contra el materialismo; sus entusiastas sucesores no pudieron oponer á este sistema más que el pedantismo alemán; la viciosa costumbre de dar definiciones sin fin, con las cuales no se saca nada práctico, estaba profundamente arraigada en esta nación; este defecto ejerce todavía su funesto influjo en todo el sistema de Kant, y sólo el nuevo espíritu de las ciencias físicas, provocado por el vuelo de nuestra poesía y los esfuerzos prácticos, nos libraron poco á poco (el litigio no ha terminado todavía) de las vanas fórmulas que infestan los grandes caminos de la metafísica.

El sucesor más influyente de Leibnitz fué un hombre leal y de ideas independientes, pero filósofo muy mediocre, el profesor Cristian Wolff, inventor de una nueva escolástica que se asimiló una gran parte de la antigua. Mientras Leibnitz había puesto en claro sus profundos pensamientos fragmentariamente y en cierto modo con incuria, Wolff lo convirtió todo en sistema y fórmulas; la claridad de los pensamientos desapareció, aunque las palabras fueron mejor definidas; Wolff coloca la teoría de la armonía preestablecida en un rincón de su sistema y reduce la de las mónadas á la vieja tesis escolástica de que el alma es una substancia simple é incorpóral; esta simplicidad del alma, que se convierte en un artículo de fe metafísico, desempeña ahora el papel más importante en la lucha contra el materialismo; toda la gran doctrina en que se presenta el paralelo de las mónadas y los áto-

mos, de la armonía de las leyes de la naturaleza (paralelo en que los extremos se tocan), todo se expone claramente, se reduce y no forma ya más que algunas tesis de lo que se llama la «psicología racional», sistema escolástico inventado por Wolff; este filósofo tuvo razón de protestar enérgicamente cuando su discípulo Bilfinger, pensador dotado de mucha más grande penetración que su maestro, imaginó el nombre de filosofía de Leibnitz-Wolff; Bilfinger, á quien Holbach cita con estimación en muchos sitios de su *Sistema de la naturaleza*, comprendía á Leibnitz de otra manera que Wolff; pedía que en psicología se renunciase al método seguido hasta entonces, de estudiarse á sí mismo, y que se adoptara otro conforme con el de las ciencias naturales; por lo demás, Wolff también se dirigía, en las palabras, al mismo fin en su psicología empírica que dejaba subsistir al lado de la psicología racional; pero en realidad este empirismo era aún muy incompleto; sin embargo, la tendencia existía (como reacción natural de las polémicas fatigantes sostenidas á propósito de la esencia del alma) y se despertó la necesidad que caracteriza á todo el siglo XVIII de recoger de la vida del alma todos los datos positivos que fueran posibles.

Aunque estas empresas estuvieron generalmente desprovistas de una crítica sagaz y de un método riguroso, se reconocía en ellas, no obstante, la utilidad del método en la preferencia dada al estudio de la psicología de los animales. La antigua polémica entre los partidarios de Rozarius y los de Descartes no había terminado aún, y he aquí que de pronto Leibnitz, por su teoría de las mónadas, declaraba que todas las almas eran de la misma naturaleza y sólo diferían en los matices; ¡motivo demás para renovar la comparación! Se comparó, pues; se examinó, se coleccionaron anécdotas y, bajo el influjo del movimiento de ideas benévolas y simpáticas hacia todos los seres (que distingue á la cultura del siglo XVIII y sobre todo al racionalismo), se llegó cada vez más á la

idea de que los animales de especie superior eran seres que tenían un parentesco muy próximo con el hombre. Esta tendencia á una psicología general y comparada que abrazaba al hombre y á los animales, hubiera podido ser muy favorable en sí al progreso del materialismo; pero la urbanidad lógica de los alemanes se apegó durante mucho tiempo á los dogmas religiosos y no pudieron seguir los procedimientos de los ingleses y franceses, que nunca se preocuparon de las relaciones de la ciencia con la fe.

Restaba declarar á las almas de las bestias, no sólo inmatrimales, sino también inmortales como la del hombre; Leibnitz había abierto el camino á la teoría que admite la inmortalidad del alma de los brutos; le siguen en 1713 el inglés Jenkin Thomasius con una disertación acerca de *El alma de las bestias*, dedicada á la dieta germánica, y á la que el profesor Beier de Nuremberg puso un prefacio donde se expresa de una manera un tanto equívoca á propósito de esta cuestión de la inmortalidad (46); en 1742 se formó una sociedad de amigos de los animales, que publicó durante una serie de años disertaciones acerca de la *Psicología de las bestias*, todas esencialmente concebidas según las teorías de Leibnitz (47); la más notable tuvo por autor al profesor G.-T. Meier y se titulaba *Ensayo de una nueva teoría acerca del alma de los brutos*, que apareció en Halle el año 1749; Meier no se contentó con afirmar que las bestias tienen alma, llegó hasta emitir la hipótesis de que estas almas pasan por diferentes grados y acaban por hacerse espíritus absolutamente semejantes al espíritu humano; el autor de este trabajo se hizo un nombre por su polémica contra el materialismo; en 1743 había publicado la *Prueba de que ninguna materia puede pensar*, obra que corrigió en 1751; no obstante, este opúsculo, lejos de ser tan original como la *Psicología de las bestias*, está dentro de las tendencias de Wolff. Hacia el mismo tiempo, Martín Knutzen, pro-

fesor en Koenigsberg, abordó la gran cuestión del día: la materia, ¿puede pensar? Knutzen, que contó entre sus discípulos más asiduos á Emmanuel Kant, se apoya de un modo independiente en Wolff y da, no sólo un resumen metafísico, sino también ejemplos detallados y materiales históricos que atestiguan una gran erudición; sin embargo, todavía aquí la argumentación no tiene vigor alguno y no cabe duda de que semejantes escritos, emanados de los más sabios profesores contra una doctrina tan desacreditada como insostenible, frívola, paradójal é insensata, debieron contribuir poderosamente á derribar hasta en sus fundamentos el crédito de la metafísica (48).

Estos escritos y otros semejantes (dejamos á un lado la *Historia del ateísmo*, de Reimam, 1725, y otras obras análogas) habían despertado vivamente la cuestión del materialismo en Alemania, cuando de pronto el *Hombre-máquina* cayó en la escena literaria como una bomba lanzada por una mano desconocida; naturalmente, la filosofía universitaria, que se sentía segura por sí misma, no tardó en querer demostrar su superioridad atacando este libro escandaloso; mientras se atribuyó la paternidad de la obra, ya al marqués de Argens, ya á Mau-pertuis ó bien á un enemigo personal cualquiera de Haller, cayó sobre ella un diluvio de críticas y folletos; citaremos sólo algunas críticas alemanas. El maestro Frantzen se esforzó en demostrar, al revés del *Hombre-máquina*, el origen divino de la Biblia y la certidumbre de todos los relatos del Antiguo y Nuevo Testamento, valiéndose de los argumentos acostumbrados, aunque hubiera podido emplearlos mejores; pero á lo menos muestra que en esta época hasta un teólogo ortodoxo podía atacar sin pasión á la Mettrie. Más interesante es el escrito de un célebre médico de Breslau, Tralles, furioso admirador de Haller, á quien llamaba el doble Apolo (como médico y como poeta), y á quien no hay que confundir con Tralles, el conocido físico que vivió mucho